

LOPITO

A si le llamábamos todos sus compañeros de clase, mientras el profesor, al pasar lista, le nombraba como era debido: Lope y Lope, D. Lope. Como se ve, sus señores padres, encantados por esta confluencia de dos apellidos idénticos, tuvieron el capricho de ponerle en la pila bautismal un nombre idéntico también.

Quizá por esto mismo, nuestra instintiva inclinación á todo lo ilógico, redujo á su menor expresión la cantidad de Lope de un sujeto que era Lope tres veces. Por ser en todo absurdos, aplicábamos á nuestro compañero este diminutivo, siendo como era el más alto, el más corpulento y el de más edad de todos nosotros. Hay que advertir que Lopito, á quien lo lógico hubiera sido llamarle Lopazo, tenía una clarisima inteligencia, una memoria privilegiada y un gran amor al estudio; pero un amor al estilo de Don Juan Tenorio: tan vehemente como inconstante.

Hizo su examen de ingreso con el número uno en no sé qué academia militar, y al terminar brillantemente el primer año, se despidió cariñosamente de sus camaradas, y exclamando cedant arma togae, pidió su separación y se matriculó en Derecho.

En la Universidad le conocí, donde me dió más de

En la Universidad le conocí, donde me dió más de un disgusto por el especial cariño que me tomó y la particular confianza con que me distinguía.

A lo mejor venía á mi casa á las once de la noche y me decía: "Mañana me será imposible asistir á la clase de Romano. Hazme el favor de acercarte al catedrático, antes de que pase lista, y decirle que estoy gravemente enfermo. No esperes á decirlo cuando me nombre, porque entonces parece una excusa. ¿Lo harás como te lo encargo?" Y no me dejaba en paz hasta que le prometía tres veces hacerlo así. El triple Lope era partidario de todo lo triple: desde la Triple Alianza, hasta el triple anís.

Solamente por complacerle, porque á mí me costaba muchísimo trabajo acercarme á hablar con los profesores, por mi cortedad de genio, iba con el cuento de la grave enfermedad, y apenas había pasado media hora de cátedra, sonaba el llavín del bedel y se abría la puerta, penetrando por ella *Lopito*, que había pensado otra cosa. Teníamos una agarrada á la salida, me daba la razón, y á los pocos días teníamos otra por lo contrario; pues el profesor, al notar su falta, me preguntaba con sorna si estaba el Sr. Lope otra vez grave, y al decirle yo que le había visto la noche anterior sano y bueno, llegaba una certificación

facultativa, en toda regla, de que llevaba dos días en cama con viruelas. Cerca de un mes estuvimos sin verle, y al cabo de este tiempo volvió á cátedra con toda la cara llena de señales, que desde la mesa del catedrático sin duda parecerían hoyos de su terrible enfermedad, pero que de cerca nos producían una hilaridad que no podíamos reprimir, pues eran pintadas. Entre bromas de los unos é indignación de los otros, le pusimos verde y él acabó por ofenderse muchísimo. Un día nos escribió á varios una circular, en que nos participaba que en vista de que quien hizo la ley hizo la trampa, había perdido completamente su afición al Derecho, y no volvió á poner los pies en la Universidad.

Nos dijeron que se había marchado de Madrid y no volvimos á verle. Muchos años más tarde, asuntos profesionales me llevaron á cierto pueblo de Castilla, donde pasé tres semanas, b a s t a n t e aburrido, por cierto.

Una vez que necesitaba no recuerdo qué medicamento, entré en la botica del pueblo, que me pareció admirablemente instalada y digna de una capital de primer orden más que de aquella humilde cabeza de partido, que no se distinguía realmente por su adelanto. Púseme á observar la farmacia mientras un muchacho, de unos doce años, fué á la rebotica á buscar el frasco, cuando tropezaron mis ojos con un cuadro de elegante moldura tallada, que servía de marco al título de doctor en Farmacia de D. Lope Lope y Lope, natural de Madrid, provincia de ídem. Mi sorpresa fué grande y grata. Aquel diablo de

Mi sorpresa fué grande y grata. Aquel diablo de *Lopito*, que iba á ser militar, y luego jurisconsulto, había acabado por ser boticario. A la tercera va la vencida, dije yo, recordando su predilección por todo lo triple, y deseando volver á ver al antiguo y estrafalario camarada, pregunté al mancebo:

-Este D. Lope, dueño de la farmacia, ¿es un se-

nor alto y grueso, con toda la barba?

—Como alto y recio, sí que lo es—me contestó el muchacho;—pero como barba, no la tiene de esas que llaman corridas. Lo que tiene es bigote, esto que dicen mosca, y patillas.

-; Tres cosas! Es él, sin duda. ¿Y está en la far-

macia?

-Ahora, no, señor.

—¿ No vive en el establecimiento? —Vive en la casa, pero en el tercero.

6 11 10

-Naturalmeme; y ha buscado la única casa del pueblo que tiene tres pisos.

El chico me miraba sin comprenderme, y al cabo

-Si usted quiere que le dé algún recado de su parte cuando vuelva...



-No-le contesté.-Yo volveré por aquí. Mi deseo

es sorprenderle á ver si me recuerda.

Volvi al dia siguiente y no estaba en la botica; repeti la visita varias veces, y todas con el mismo resultado negativo. Pues señor, me decía yo, ¡vaya un boticario! Si Lope se anunciara, tendría que decir todo lo contrario del famoso doctor Garrido: "¡Nunca en mi farmacia!"

-Dime—le dije al mancebo una de las veces que fuí á buscar á Lope en vano,—¿ despachas tú las re-

cetas?

¡Quia!, no, señor. Yo despacho las cosas que están hechas y tienen letrero y se venden sin receta: pero las fórmulas las hace el principal.

—¿Cuándo?—le pregunté asombrado.

-Pues siempre que hace falta.

Me aburrí de ir á buscarle y no volví por la botica. Una de las cosas que más me chocaban en aquel pueblo durante mi estancia, era lo á menudo que to-caban las campanas de la parroquia. En otros lugares donde yo había estado, tocaban al alba, al mediodía, á la oración y á las ánimas, y como no fuera en las grandes festividades, que repicaban gordo, no había otros toques que los de muerto, de vez en cuando. Alli, en el pueblo de que el gran Lope era farmacéutico titular, tocaban mucho entre horas, por decirlo así. Llegué yo á instruirme tanto en esto de los toques, que distinguía perfectamente todos ellos, á excepción de uno que no había oído en ninguna parte. Duraba unos veinte segundos nada más, y consistía en unos grupos de á cuatro campanadas, con un ritmo que recordaba aquella canción de No me mates, no me mates, y luego tres golpes con el cimbanillo.

-¿ Qué significa ese toque?-pregunté un día á mi

patrona.

Y la mujer, con una sonrisa de Velázquez, porque recordaba la del Bobo de Coria de nuestro Museo del Prado, me dijo:

Pues ese toque sinifica que alguien anda mu

-Vamos-me dije entonces,-así como en otras partes tocan á agonía cuando un vecino está en las últimas, aquí tocan á gravedad, sin duda desde que está de cuidado.

Pues, señor... que una tarde me da un dolor de estómago de los buenos, y como no se me calmaba con nada, fuí á escape á la botica con una fórmula que llevo siempre en la cartera para estos casos.

-A ver quién me hace este medicamento-le dije

al chico.

—A la noche lo tendrá usted.

--¿ Que á la noche? Lo necesito ahora mismo.

--: És muy urgente? --- Urgentísimo. Como que es para mí y me estoy muriendo.

-En ese caso, llamaré à D. Lope.

—Sí, hombre, sí.
—; Melitón!—llamó el chico asomándose á la trastienda, y apareció un rapaz como de ocho años, á quien le dijo:-Arrea, á llamar á D. Lope.

--: Está cerca?

-Está en el campo, de caza, como todos los días; pero viene en seguida.

-¿ A qué llamas tú en seguida?

—A poco más de media hora. -Pero, hombre; mientras va el chico y le encuentra..

-¡ Ca!, no, señor, no va. Le avisamos con la cam-

Efectivamente, á los pocos momentos, la campana tocó el no me mates, con los consabidos tres golpes.

Entonces acabé de comprender aquel toque miste-

rioso.; Tocaban á boticario!

Llegó mi hombre anhelante y sudoroso, con la escopeta al hombro; me reconoció, nos abrazamos y, en vez de despacharme la receta, me dió un calmante de su invención que me probó como mano de santo

-De modo que sigues tan especial; pero has acabado por ser constante en algo. Eres un gran farma-

céutico y un gran cazador, por lo visto

—No lo creas. Voy á traspasar la farmacia y voy á hacer oposiciones á una cátedra de árabe vulgar, y en cuanto á la caza, mo he acabado esta tarde de convencer de que es una crueldad matar á esos animali-



tos indefensos. ¿Quieres hacerme un favor cuando vuelvas á Madrid?

-Con sumo gusto. ¿ Qué deseas?

-Que me hagas socio de la Protectora de los animales.

CARLOS LUIS DE CUENCA. Dibujes de Medina Vera.